

“¡y no puedo regalar este libro a mis amigos porque ni para frijoles me alcanza!”

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

*¿QUIÉN
SE HA LLEVADO
MIS FRIJOLES?*

CÓMO SOBREVIVIR A
UN PAÍS EN CONSTANTE
HAMBRE

JOSÉ MA. GONZÁLEZ N.

Todo parecido con cualquier otra obra, es mera coincidencia.

¿QUIÉN SE HA LLEVADO MIS FRIJOLES?

*Había una vez dos campesinos que, empujados por el hambre, decidieron ir a buscar al **Presidente** para reclamarle el incumplimiento de sus promesas como candidato. Iban seguidos por sus burros, fieles y escuálidos: **Roncho** y **Chencho**.*

En su camino a la Capital, comían lo que encontraban, desde zorrillos hasta tejones, y zopilotes tumbados a pedradas. Pero un día, los burros olieron pastura y se lanzaron al galope, guiando a sus amos a una cueva mágica llena de pasadizos ¡y frijoles con tortillas y chile!

Este sencillo relato se aplica a la historia de un país empobrecido, que contando con todos los recursos naturales, muere de hambre y desesperación.

¿Quién se ha llevado mis frijoles?

José María González N.

I

LOS TRES COCHINITOS, ¡PERDÓN! LOS CUATRO POLÍTICOS

En un día martes, tan cargado de esmog como los otros días de la semana y del mes, cuatro importantes personajes se citaron a desayunar en el restaurante del hotel más lujoso de la ciudad.

Fueron llegando por orden de importancia (la que ellos mismos se daban), y quince minutos después de la hora convenida, los cuatro estaban sentados a la mesa:

El licenciado Manuel Torrealba y Cisneros, -Mano o Manolito *pa'* los cuates- del partido blanco y azulado, vestido con un traje de casimir inglés, camisa de seda italiana y corbata inglesa. Desde luego, zapato *Gucci*. Flaco y nervioso.

El licenciado Evaristo Chávez Solís –don Eva o Chavito-. Traje de seda gris, camisa francesa y corbata roja con líneas azules. Zapato negro y calcetín de seda. Botón tricolor en la solapa y diente con filito de oro. Siendo un hombre “elegante”, era uno de los que más habían sufrido en el sexenio de la “Guayabera”. Pelón, panzón y bigotón.

La señora licenciada doña Masiosare Candela Saurio –Sare o Sarita– enredada en elegante rebozo de seda blanca (“pashmina”, decían sus rivales envidiosas) y gruesos huaraches de suela de llanta que contrastaban con su traje de *cashmere* irlandés. Melena muy alborotada, negra inverosímil para sus cincuenta y tantos años de edad. Mujer famosa por la gran motocicleta plateada que usaba para llegar a los informes presidenciales.

Y por último, el licenciado Margarito del Bosque y Ríos –Mago, “El Chanate” o “El Pistache” *pa'* sus amigos-. Traje de tres piezas en seda verde oscuro. Camisa en tono pistache y corbata café.

Todos coincidían en algo: habían logrado un hueso dentro del “**gobierno del cambio**”.

El capitán de meseros se olió una buena propia y se acercó, muy obsequioso, flanqueado por dos meseros sonrientes.

-Señores, apreciable dama, ¿listos para que les tome su orden?

Sarita ordenó su invariable cóctel de champaña con jugo de naranja.

-Y cuidadito y me la haces con *sotol*, compañero. Me *trais* la botella y quiero que sea *La Viuda* o el *Changón*.

-*Chandom*...

-¡No me corrijas, baboso!

-Perdón, *madame*- caravaneó el *capi* haciendo una reverencia-. “¡Ruca pendeja!”

Todos ordenaron de acuerdo a su alcurnia y credos políticos: huevos *Benedictine*, al albañil, rancheros o fruta con queso cottage.

Mano inició la plática, interrumpiendo la “sagrada” hora del chisme y de los borregos:

-Vamos entrando en mateia, colegas. Ustedes ya se imaginan el motivo por el que los convoqué a esta reunión.

-Pues yo creo que ahora tú enarbolas nuestro estandarte de la lucha por el campo, Manolo –gruñó Chavito-. No sé entonces para qué diablos nos llamaste. Explicanos, por favor.

-Tú sabes que ahora somos los del partido quienes manejamos a la Nación, y...

-¡Ni te creas! Les dimos *chance*.

-Es a nosotros a quienes incumbe el problema de los pobres y los campesinos, el de las grandes masas trabajadoras- terció Sarita.

-Me van a perdonar que disienta- chilló Mago-. Todo lo que se refiere a campos, bosques y sembradíos es asunto ecológico, o sea, de mi partido.

No rebuznes, Márgaro. No se trata de eso –y la licenciada Masiosare le lanzó una mirada de candela-. A ver Manuelito. Comienza, si me haces favor.

-Bien, amigos. El asunto de la pobreza en el campo ya no existe...

Ahora se llama miseria –se adelantó el licenciado Evaristo echando su cuarto a espadas-. Cuando nosotros manejamos exitosamente el país por setenta años, el campo fue próspero, la cosecha abundante y el campesino era feliz. Instituímos la “Conapuso”, el “Propamco”.

-No me hagas faltarle al respeto a tu partido, porque partió al país, mi hermano- dijo don Manuel Torrealba y Cisneros con enojo.

-¡Eso me lo vas a sostener, desgraciado! ¿Quién le da subsidio a tu “partidito”, eh? Ándale, vamos *pa’* la calle.

La licenciada Masiosare dirimió la disputa con un *rebozazo* sobre la cabeza de los contendientes.

-Vamos al grano Manuel. Habla.

-Gracias, Sarita. Bueno, queridos amigos míos...

-*¡Mejor perro!*- gruñó el Licenciado del tricolor. La respuesta fue otro rebozazo, pero más fuerte.

-Como les decía, el hambre en el campo ya es insoportable. Y tengo noticias de dos agraristas que manejan grupos clandestinos con la idea de dar un golpe de estado. Uno de ellos es Salvador Hernández, de la Huasteca Potosina. El otro, un tal José María González, del Sureste. Se dice que son Zapatistas.

-Ha de ser tabasqueño el infeliz- terció Margarito.

-El caso es que tengo información de que han juntado mucha gente y están armados. Su plan es cavar túneles para llegar a “Los Cipreses” y a Palacio Nacional, para luego dar un golpe de estado.

-¿Túneles?

-Sí, unos túneles como tuseras, una especie de laberintos retorcidos. Si fueran túneles rectos, lo de menos sería dinamitarlos una vez localizados...

-Parece cuento para niños. ¿Quién te dio la información Manuel?

-La Federación Burreca Interna.

-¿La FBI?

-Ni más ni menos. La bronca es que hay algunas fuguitas y ya se habla de los túneles por todo el país.

-Bueno- terció Masiosare-, lo de dinamitarlos me parece muy extremo. No es necesario llegar a tanto. Se me ocurre que podríamos llenar las bocas de sus conejeras con comida. Están tan hambreados que ya no atacarían... ya bien comidos, la barriga les impediría salir de ellas. Ustedes bien saben que una panza satisfecha es una estupenda consejera política.

-O bien, podríamos invitarlos a formar una comisión tripartita con un fondo estatal, pero ahhh... eso sí: con elecciones internas. ¡Ya verán que se matan entre ellos y nos sale más barato que comprar dinamita! Además, ni sabemos dónde están o si realmente existen.

-¡La verdad me da miedo!- soltó Evaristo con vergüenza.

-¿A ti que anduviste bien enredado con don Güicho en lo del 68? Hasta te decían el “guantes rojos”.

-No tiene uno la misma imprudencia a los 20 que a los 50 mi hermano.

El desayuno descansaba frío en la mesa.

Solamente Sarita iba en el tercer coctelito y le comenzaban a brillar las chapas.

-Miren, mis cuates, no sean tan soflameros: **nuestro país es Mágico**. Verán que no pasa nada. Los campesinos regresarán a sus parcelas. Digo, los que queden vivos (¡ja-ja-ja! – se burló con cinismo) y aquí no ha pasado nada.

-Te las das de muy sabia, mi Sare- gruñó Chávez-. Pero ahora sí correrá la sangre.

-La ajena, *papacito*, porque lo que es nosotros, para nada.

Y la Sare se sopla el quinto coctel. Está completamente desinhibida:

-Les propongo que nos reunamos aquí dentro de tres meses. Esos *indios patarrajada* ya se acondicionaron a vivir con hambre, y si les diéramos de tragar más de la cuenta, se nos cuadrulan. Les apuesto un BMW a que en tres meses todo se resolvió, ¡SOLITO!

-Y si pierdes, ¿qué nos das Sarita?

-Un BMW a cada uno de los tres. Si yo gano, quiero un Porsche, un Masserati y un BMW. ¿Sale?

-¡Sale!- gritaron Margarito y Evaristo.

-Yo no le entro- advirtió Manuel.

-¡No le saques! O le entras o te pasa lo que a aquel de la Suprema Corte. ¿Te acuerdas, hermano? Tú dices.

-Bueno, pues le entro.

Y los cuatro funcionarios salieron, escoltados por sus respectivos guardaespaldas...

II

DOS PELIGROSOS TERRORISTAS, MEJOR CONOCIDOS COMO DON CHAVA Y DON CHEMA

Esta historia sucedió hace poco tiempo, en un país muy conocido, rico en recursos naturales y paupérrimo en eficiencia y honestidad del poder gobernante.

En uno de sus campos fértiles, pero áridos por falta de agua y siembra, vivían dos compadres: Salvador Hernández Pineda (alias don Chava) y José María González N. La “N” de natural, porque el “tata” desapareció en cuanto vio a la mujer embarazada. Se le conocía como Chema o Chemita.

Chema siempre se había cuestionado sobre por qué se les decía “hijos naturales” ¿Pos que no todos los hijos son naturales? Pero se encogía de hombros y pensaba filosóficamente que habría sido peor que lo hubieran “ciudadanizado” con la inicial de “B” en lugar de “N”.

Chava era el propietario de Roncho, un burrito desnutrido y lleno de ronchas y mataduras.

Por su parte, el compadre Chema era el dueño de Chencho, acristianado o aburrado así por una vieja canción que se llama “Y camina como Chencha”.

Unos años antes, siendo aún potrillo, Chencho se lastimó una pata trasera y, si no había para comer, menos para llevarlo a un veterinario. Así que se adaptó a trotar cojeando.

Durante muchos meses, se reunían una vez a la semana con otros campesinos. Y su grupo creció poco a poco. Ni Chava ni Chema prometían frijoles o carreteras. Pero a todos los unía el enemigo común: EL HAMBRE Y LA MISERIA.

Los dos campesinos conocieron a un ranchero anciano, que poco tiempo después murió en una terrible borrachera con alcohol de madera. Les contó que había descubierto unos túneles donde era posible hallar mucha comida. Después de escucharlo, Chema y Chava se miraron con ojos de desconfianza, pero le hicieron la pregunta lógica:

-¿Y por qué no se quedó *usté* ahí, don Jerónimo?

-Ah... ¡qué tarugos son! *Pos* porque no había *chupe*. Pero ya que a ustedes les interesa tragar puros frijoles...

-¡Hasta pura tortilla con chilito y sal!

-*Pos* no me interrumpen y les cuento por dónde está esa cueva con laberintos y *tragazón*. También hay pastura: mi mula, la Dorotea, ya no quiso regresar conmigo. La última vez que la vi, estaba tan panzona que si no hubiera sido mula, yo habría pensado que... Bueno, se van por el caminito que cruza...

III

EL PASÓN DE LA CUEVA MÁGICA

Chema y Chava lo oyeron con la boca abierta. Aquella noche, decidieron pedirle al viejo don Jero que los llevara, porque iban a contarle todo a sus amigos campesinos de las juntas semanales.

Pero con lo que no contaban los compadres sucedió: Don Jero amaneció con los bigotes llenos de moscas y los ojos bien abiertos.

Luego de darle cristiana sepultura, los dos compadres esperaron el día de la junta. El número de compañeros ya era de más de doscientos, y el compadre Chema se trepó a un cajón para darles la buena noticia de **la cueva mágica**.

La gente los oyó por unos momentos y luego comenzaron los gritos:

-¡Qué *pendejo* es *usté*, don Chema! Fueron puros cuentos del briago de don Jero. ¿Pues qué acaso no sabían que ese viejo era bien *cuentero*?

-¡Bájese de *ai* Chema! Ya se parece a los candidatos presidenciales prometiendo lo que no nos va a dar.

Chava salió a la defensa de su compadre, aunque no cabía para treparse en el mismo cajón:

-¡Cómo serán ingratos, compañeros! ¿Qué perdemos con ir?

-¡Nosotros ingratos; pero tú, creído y tarugo, *güey!*

Chava era violento, y les dijo su precio sin hacer caso del compadre Chema, que más viejo y muy filósofo, le hacía señas para que se callara.

Pero Chava comenzó con algo de lo más peligroso: las mentadas de madre, porque eso sí, nosotros podemos ser de lo peor, y no nos importa que nos lo digan, “*pero a mi madrecita la respetas*”.

La respuesta fue una lluvia de piedras sobre los lomos de los compadres que ya emprendían la retirada a mucha prisa y poca dignidad.

Aquella noche, ya guardaditos y a salvo, se curaron mutuamente los chipotes y se consolaron bebiendo de su té de hojas con el resto de alcohol de caña que tenían guardado. Ya en la mañana planearían algo, aunque no guardaban muchas esperanzas porque ya ni en sus compañeros campesinos podían confiar.

IV

NO TIENE LA CULPA EL CANDIDATO, SINO QUIEN LO HIZO PRESIDENTE

Cuando salió el sol, no tuvieron que platicar mucho rato antes de llegar a una decisión: irían en busca de la cueva mágica.

Los dos compadres se pusieron de acuerdo y antes de emprender el fabuloso viaje, le dieron la libertad a sus dos viejos amigos. Pero ninguno de los burritos quiso perder de vista a su amo, y decidieron seguirlos mansamente durante su caminata, a pesar de que no estaban de acuerdo con sus planes.

Años atrás, los compadres pensaron en irse de *mojados* cuando el último de los dos quedó viudo y los hijos se fueron a buscar su suerte... o su torrilla. Pero cuando se enteraron de que unos rancheros gringos practicaban la cacería de “ilegales” con rifles de miras telescópicas, decidieron aquello de “*quédate en tu casa, donde nadie te malmodea*”.

Fue entonces que los dos compadres comenzaron a juntarse todas las noches para tomar tecito de hojas con un piquete de charanda y a planear lo que podrían hacer para no morir de hambre.

Los dos eran cincuentones y aunque muy realistas por su natural experiencia, tenían la característica de la nobleza y el candor: todavía se creían (a veces) de las promesas hechas por los candidatos presidenciales durante sus giras de campaña al campo.

“Tendrán agua, semilla, escuelas, buenos precios para sus cosechas. ¡Se los prometo, amados hermanos campesinos!”

“¡No más caciques, no más medieros que los exploten pagándoles la cosecha a precio de usura!”

“¡Habr  caminos y carreteras!”

“¡Y tractores último modelo!”

“¡Y si no lo hiciera, que La Patria me lo demande!”

Aplaud an furiosamente con sus manos encallecidas:

-¡Ahora s , compadrito!

-¡Me suena a que s , mi querido compadre!

Cuando la caravana del candidato se marchaba en sus lujosos autobuses gringos, siguiendo a los *BMW* y a las *Suburban* blindadas, la “indiada” (porque así se refería a ellos la comitiva, incluyendo a guaruras y futuros secretarios que se te an el pelo con tonos dorados, cenizos o cuidadosamente encanecidos en las partes favorables) tos a bajo las nubes de polvo seco y seguía aplaudiendo a rabiar.

Sólo Roncho y Chencho se reían a grandes rebuznos. Al cabo nadie se daba por aludido: todos los se orones eran licenciados en algo. Ni siquiera sus amos entendían las diversas tonalidades de sus rebuznos.

“¡Qué bruto es tu amo, Roncho!”

“No menos que el tuyo, *patuleco*...”

Se cruzaban algunas coces, pero jamás llegaba la sangre al río. Sus dos amos, los miraban juzgándolos locos.

Cuando el *Señor Candidato* se convertía en el *Señor Presidente*, los campesinos esperaban pacientes durante uno o dos años, antes de darse cuenta finalmente de que se trataba de la misma cantaleta de cada sexenio, aunque hubiera florecido “EL CAMBIO”.

El nuevo presidente parecía ranchero y se veía sencillo, honesto, hombre de campo que siempre andaba de mezclilla. Pero estaba resultando igualito que los otros.

V

CHEMA, TORTILLAS Y FRIJOLES (FAVOR DE NO CONFUNDIR CON MARCELINO, PAN Y VINO)

Y justamente ahora, en una de esas noches de tecito de hojas (ahora ya sin sotol ni charanda, porque no alcanzaba), por fin maduraba su plan:  Ir an a ver a El Presidente g erito para contarle la verdad!  Y luego buscar an la cueva mágica! O tal vez primero ir an tras la cueva... En realidad no lo sabían. Aún no determinaban con exactitud lo que har an. Ni siquiera confiaban plenamente en la leyenda de don Jero.  Existir a una cueva mágica?  Los recibir a El Presidente? Todo era incertidumbre y su verdadero

propósito era otro: salir por un momento de su triste situación, aferrarse a un sueño y confiar en La Esperanza para escapar del hambre y la miseria.

Al amanecer se pusieron sus huaraches e iniciaron el camino. En la mente de cada uno de ellos, bullían ideas, emociones, esperanza y escepticismo al mismo tiempo. Sabían usar su cerebro, a diferencia de Roncho y Chenchó, que albergaban cerebros sencillitos de burros, pero un olfato fino y el instinto de casi adivinar dónde había PASTURA.

Por su parte, el hambre de los rancheros les había agudizado el olfato y olían de lejos a cualquier ave o animal. Era entonces cuando practicaban aquello de “Lo que vuela... ¡a la cazuela!”, bajaban a pedradas hasta a los zopilotes para comer.

Y el duro viaje inició. El vía crucis por los llanos de los distintos pueblos no era sencillo. Platicaban para distraerse mientras sus burros comían alguna hierba seca y ellos se echaban su banquete de zorrillo o zopilote.

Las dudas continuaban:

-Yo *crío* que sí, don Chema. Cuando le diga que voté por él...

-Quien sabe, Chavita. Esa gente está rodeada por hartos que los vuelven sordos.

-¡Cómo será *usté* tarugo! Le dije que votara por el PIR.

-¿Y *usté* que sabe, compadre? ¿No vio como nos peló los cerros el Moctezumo Jr. cuando gobernó en nuestro estado? ¡Y algunos nada más se pasan de un partido a otro!

-Pos hubiéramos votado por el ecologista...

-¡Ya párele a su necesidad, compadre! ¡Todos nos friegan igual. Ya ve que el Emiliano tuvo razón cuando no se quiso sentar en la Silla Presidencial para la foto! Dijo que esa silla estaba embrujada y que todo el que se sentaba en ella, se volvía loco.

-Mire, ya estoy perdiendo la *pacencia*...

En ese momento, un airón les tumbó el sombrero: se trataba de los dos burritos, que galopaban como *Porsches* a mil por hora.

-¿Y *ora*? ¿Se habrán sentado en La Silla y perdieron el sentido de la razón?

Chavita se levantó y echó a correr atrás de los burros. Por pura solidaridad compadrial, Chema hizo lo mismo y soltó el galope detrás de su compadre y de los dos asnos.

Cuando por fin vieron las grupas flacas de sus burros, iban sin aliento, pero un aroma maravilloso les devolvió el ánimo y echaron a correr:

¡FRIJOLES Y TORTILLAS!

VI

FRIJOLITOS EN FUGA: LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ

Roncho y Chencho estaban a la entrada de una cueva, con la cabezota metida en una enorme paca de pastura fresca: había zanahorias, manzanas y terrones de azúcar al por mayor. Pero lo más importante: ¡dos ollas humeantes de frijoles, un paquete de tortillas calientes, chilitos y sal!

Y comenzaron a comer...

Se dieron tal atracón que hombres y burros se quedaron dormidos hasta el anochecer. Fue entonces cuando vieron luz al fondo de la cueva y, cuando se acercaron, se dieron cuenta de que era **¡un laberinto de cuevas!**

La noche era cálida y hermosa. Así, la barriga llena los llevó a pensar que ya explorarían aquello al día siguiente, sin prisas.

Aquella noche, don Chava soñó con algo bellísimo:

“LA FELICIDAD ES TENER FRIJOLES”

Por otro lado, Roncho y Chencho soñaban con las deliciosas manzanas y la pastura fresquísima.

Por fin, después de tantos años de hambre, el grupo pasaba una noche con el estómago satisfecho y durmieron muy tranquilos.



Los compadres despertaron al alba, alarmados por los rebuznos (está vez eran de dolor) de sus burritos.

Estaban listos para callarlos, cuando se dieron cuenta de la razón de su alarma:

¡LA ENTRADA DE LA CUEVA ESTABA VACÍA! Los frijoles y la pastura habían desaparecido sin dejar huella.

Sin decir palabra, los compadres se dirigieron al fondo del lugar.

Eran presa de la angustia y se sentían desorientados: ¿Quién tuvo tan mal corazón para hacerles creer que tenían comida en abundancia para luego llevársela? **Una vez más, les habían llenado el alma con promesas que se lleva el viento.**

-¡Qué atroz infamia!

-¡Alguien está jugando con nosotros!

Chema se dejó caer en el suelo mientras que Chavita *mentaba madres*, pateaba la pared y se jalaba los cabellos.

-Dicen que la *pior* tortura es llevar a un hombre de la esperanza a la desesperación- sentenció filosófico Don Chema.

-¡Yo quiero saber quién *carajos* cargó hasta con la olla! ¡En cuanto lo agarré, le voy a romper todo su hocico!- amenazó Chavitos.

-Mire, compadre, **lo peor que podemos hacer es pensar en la venganza.** Más nos vale pensar en los frijoles y *buscar una solución.*

Cuando Chava se cansó de pelear con su sombra, se quedó dormido. Entonces Chema se levantó y con un trozo de carbón que había conservado de la fogata de la olla de frijoles, comenzó a dibujar en la pared algo similar a lo que soñó:

“CUANDO LA PANZA CHILLA, LOS FRIJOLES SON INDISPENSABLES. HARÍA LO QUE FUERA POR TENERLOS”

Muy temprano, los dos compadres se levantaron alarmados por los rebuznos de Chencho y Roncho, y se asomaron a la puerta de su cámara. Una vez más, los jumentos los rebasaron a todo galope. **Ellos no perdían el tiempo en filosofías y estaban dispuestos a cambiar de ubicación. Contaban con su instinto, que muchas veces puede ser más valioso que el cerebro humano.**

Los compadres echaron a correr detrás de ellos, a través de las veredas que remataban en cuevas grandes, medianas o chiquitas. En una de ellas, vieron cómo Roncho y Chencho tragaban como lo que eran: animales. No les importaba que el menú fuera el mismo.

-¿Ya ve? Y *asté* pensando a quién rompérsela.

Un olor familiar llegó a su nariz:

¡FRIJOLITOS!

Los dos salieron corriendo, al igual que sus burros. **La diferencia era que ellos se daban de codazos, con esas pasiones de egocentrismo y ambición que caracterizan al hombre. Por su parte, los burros se habían centrado en adquirir la mayor velocidad posible sin meterse zancadillas.**

En una cámara inmediata encontraron una olla más grande que la del día anterior, rodeada de canastos con tortillas adornados por chiles de todos colores.

Esta vez, los había salvado el instinto de los burritos. ¡Y tanto que despreciaban su “pequeño cerebro”!

Comieron hasta hartarse. Al terminar el atracón, regresaron a dormir la siesta a su “cámara habitación”. Chavita, muy prevenido, se llevó unos taquitos. Despertó al anochecer y se los comió con la panza llena después de ver al compadre Chema, que volvía a pintarrajar las paredes con muchas leyendas raras:

“*HABUENA AMBRE,
NO AIMAL PAN*”

“*HAMAYOR INDIORANCIA,
MENOR PROVABILIDAD DE FRIJOLES*”

“*TODOS PODEMOS DECIR LA VERDÁ,
PERO NOS PUEDE COSTAR LOS DIENTES*”

También pintó una gran cazuela y una olla humeante con frijolitos y tortillas, además de una paca de pastura bellamente adornada con manzanas y zanahorias incrustadas como si fuera un pedazo de lomo relleno.

* * * * *

Hubo varios días de paz y muchos frijoles.

Sin embargo, los compadres comenzaron a volverse arrogantes:

-Nos tenemos muy merecidos esos frijoles, compadre. **Bastante hambre pasamos y hemos trabajado como animales.**

-Tiene razón, Chavita. Estoy de acuerdo. **No hay que agradecerle a nadie. Se nos ha hecho justicia.**

-Cierto, don Chema. Ya podemos vivir aquí tranquilos por el resto de nuestras vidas...

-¡Hey, no se me *apazguate*, don Chava! ¿O me va a decir que ya se le olvidó que tenemos que ir a ver al Señor Presidente?

Chavita se rascó la cabeza con enfado:

-¡*Pos* la mera *verdá*, ya ni *mi* acordaba, compadre!

-Pos no, como ya no tiene *usté* hambre...

-¿Apoco *usté* si se acordaba, compadre Chema?

-Pos yo sí, Chavita. ¿Cree que se me van a olvidar cincuenta años de hambre por dos ollas de frijoles?

-Pero ya no vamos a pasar hambre...

-¡Ah, que mi compadre! Por eso estamos *jodidos*, don Chava, Cuando uno de nosotros consigue llenar la panza, ya no se acuerda de sus compañeros que no han tragado en tres días.

-¿Será? *Usté* es muy *amargosillo*, don Chema. *Ora* sí que como quien dice: “*El muerto al hoyo y el vivo al bollo*”.

VII

VUELVEN LA MAGIA Y LOS FRIJOLES

De repente, los dos burritos volvieron a pasar a todo galope por el laberinto. La escena se estaba volviendo familiar: los compadres disfrutaban del alimento sin pensar en que pronto se acabaría, en tanto que sus dos animales, guiados por el instinto, se dirigían a su máxima velocidad en busca de más comida. Pasaban por muchas cuevas oscuras y vacías, pero su sentido de orientación hacía que jamás perdieran el ánimo, *como suele sucedernos a los seres humanos que tenemos un cerebritito con más pasadizos y laberintos que cualquier cueva mágica*.

Una hora después se escucharon los rebuznos de Roncho y Chencho. Como a pesar de su elaborado cerebro no entendían el idioma *burril*, los compadres pensaron que algo les sucedía o amenazaba a sus *cuates* cuadrúpedos y salieron corriendo.

Don Chema, siempre precavido, iba como Pulgarcito: aunque jamás leyó el libro: marcaba el camino soltando frijoles para encontrar el regreso.

¡Roncho y Chencho ya guardaban silencio con los hocicos ocupados en mascar pastura, manzanas y terrones de azúcar, dando una que otra mordida a las zanahorias!

Riéndose a carcajadas que retumbaban en los techos del laberinto, los compadres siguieron la senda de frijolitos para llegar de regreso, temiendo que en su breve ausencia, ya hubiera desaparecido la olla de frijoles.

La encontraron, humeante y perfumada. Parecía no enfriarse nunca.

Decidieron hacer su morada en esa cámara, aunque Chava, el bilioso, no tardó en protestar.

-Deberíamos ir a buscar alguna otra cámara donde a lo mejor encontramos hasta carne, compadre.

-Vamos a dormir Chavitos- dijo don Chema con su habitual sentido filosófico- *Más vale pájaro en mano que ciento volando*.

-Mmmm... Bueno, por hoy. Va llegar el momento en que nos hartemos de los *méndigos* frijoles.

-Duérmase, compadre. Mañana ya se verá. Piense que el hombre necesita un lugar fijo para vivir y aquí lo tenemos todo.

-¿Frijoles?¿Eso es todo?

Le respondió el primer ronquido de don Chema que se había envuelto en su raída cobija.

VIII

DOS COMPADRES BURROS Y DOS BURROS COMPADRES

Aquella misma noche, luego de dormir durante unos momentos, Chema agregó otra frase a la pared de su cueva:

**“*USTED DICE: ‘EL MUERTO AL OYO Y EL VIBO AL BOLLO’.*
YO DIGO: POR ESO ESTAMOS
JODIDOS LOS MEXICANOS”**

Chencho y Roncho, que para entonces ya estaban de regreso, salieron tempranito, acelerados por el instinto y el hambre, a buscar nueva pastura. Sin embargo, para los compadres, se repetiría la tragedia: la olla ya no estaba en su lugar, ni en ninguna otra parte.

En esos momentos a Chema no le servía mucho la filosofía, y prefirió taparse ojos y orejas para no oír las mentadas de madre ni los insultos del compadre Chava. “Ni lo veo ni lo oigo”, le dijo en su habitual tono sarcástico. *No entraba en su cabeza que ellos mismos habían acabado con los frijoles.* Chavita estaba muy enojado y desconcertado. ¿Cómo es que hasta la cazuela había desaparecido? ¿De verdad sería mágica la cueva? Entonces, *¿porqué no simplemente se volvía a llenar la olla?*

Chava no razonaba gran cosa. Ya le dolían los pies de tanto patear las paredes, y no hacía lo mismo con los burros porque no los tenía a la vista ni se acordaba de ellos.

En ese momento, el compadre Chema recordó a los jumentos:

-Oiga, compadrito, ¿y dónde andarán Roncho y Chencho? ¿A poco ellos si encontraron pastura?

-¡No sea usted tarugo, compadre Chema! Si n son más que un par de burros imbéciles. **No tienen cerebro como nosotros.**

-Pues sí, compadre. Sé que somos listos, pero *orita* ¡ni parece! Aquí hay alguien o algo que nos mueve el tapete, y no sabemos qué o quién es.

-¡Somos inteligentes! Ya bastante nos hemos sobado el lomo para que ahora...

-¿Y porqué cree eso?

-Porque es nuestro derecho como gentes.

-¿Derecho a que nos den de tragar sólo porque ya nos dieron una vez?

-¡Pos claro que sí! ¡No *juimos* nosotros quienes provocamos la bronca! Pero nomás que vea pasar a cualquier cristiano...

-¡Ah, que mi compadre! Por aquí no pasa *naiden*. Lo que deberíamos hacer es ver si nos cambiaron los frijolitos de lugar. Habrá que encontrar nuevos, porque la cueva será muy mágica, pero no para alimentar *güevones*.

-Mire, haga *usté* lo que quiera don Chema. ¡Yo no paro hasta saber quién carazos se llevó nuestros frijoles!

* * * * *

Los dos compadres seguían experimentando la neurona, mientras que, sin sospecharlo, *Roncho y Chencho eran los dos burros más felices del mundo*.

Las “mataduras”, los abscesos y las llagas de Roncho desaparecían para dar paso a la buena vida y el alimento abundante. El pelo de los dos burritos brillaba como si les hubieran puesto vaselina.

La cojera de Chencho ya casi no se notaba. La comida le había dado fuerza nueva.

Mientras comían, estaban más lejos que nunca de la filosofía humana que conducía a que los compadres se apretaran la cabeza en lugar de actuar aceptando que los frijoles ya no estaban ahí y había que buscar otros o salir de la cueva mágica.

Los dos burritos preferían **actuar que pensar**, no lamentarse como lo hacemos los seres humanos... **y en el resultado tenían su recompensa.**

Brincaban de las manzanas a las zanahorias y luego a los terrones de azúcar, después de saciarse con las pacas de pastura: **se adaptaban a los cambios sin hacer maromas mentales y los aceptaban actuando en conformidad.** Eran muy diferentes a los hombres, que renegaban de tener que moverse, aunque se estuvieran muriendo de hambre como ahora.

Roncho y Chencho pasaron el día en aquella cámara. ¡Nunca habían visto tanta comida junta! Por la noche, regresaron tranquilos a dormir afuera de la cueva y bajo las estrellas.

IX

SIN FRIJOLES, TORTILLAS NI ESPERANZA

Los dos compadres permanecían en la cámara de las pinturas, viviendo de las “frases célebres” de don Chema. *Seguían torturándose el cerebro sin aceptar que en realidad se habían acabado los frijoles e insistiendo en encontrar culpables, como si ese fuera el remedio o como si así regresara el alimento.*

Al igual que todas las personas que están juntas demasiado tiempo y sin nada que hacer, agregando la preocupación y la cólera, Chava y Chema comenzaron a pelear y hasta acusarse entre ellos por la situación.

Cuando había una tregua, Chema se acordaba de los burros, pensando que tal vez habían encontrado pastura. En un arranque de valor, le dijo a Chava:

-*Ámonos*, compadre. A lo mejor hay otros almacenes de frijoles, ¿no cree?

-No creo en nada- dijo Chavita-. Esta cueva esta calentita y cómoda. Vaya *usté* si quiere, Don Chema. ¡Yo me quedo aquí para patear al que nos haya hecho esta jugadita tan *pinche!*

-Ya le dije que por aquí no pasa *naiden*.

-Es que además, puede ser peligroso. Tal vez allá más adelante haya otros desesperados que se nos puedan ir encima y tragarnos en tacos. *Usté* sabe si se va solito, le puede ir peor. Además, no lo tome a ofensa, pero *ta' usté* muy viejo *pa' andar de aventurero y haciendo el ridículo.*

Don Chema sintió como un calambre de rabia, y mejor se acostó. Una vez más, los dos compadres se taparon con sus cobijas para dormirse con la panza vacía.

Al amanecer, salieron a ver la maravillosa cueva de la entrada donde encontrarán el banquete el primer día. Pasaban ahí muchas horas, como esperando algo mágico, y regresaban a su cámara, sin nada en el estómago ni en el corazón.

X

EN BUSCA DEL TESORO PERDIDO

Los días pasaban sin ningún cambio: Chava vigilaba el pasadizo esperando que pasara “el culpable” y Don Chema se entretenía con sus pinturas:

**“ESPERAR QUE EL MUNDO NOS TRATE
CON JUSTICIA SÓLO PORQUE SOMOS
PROBES Y BUENOS ES COMO PENSAR**

QUE EL TORO NO TE *ENVESTIRÁ* PORQUE
RARA VEZ COMES DE SU CARNE”

“EL *JOBEN* QUE PELEA ES UN SALVAJE,
EL *BIEJO* QUE NO SE ATREVE ES UN
COBARDE.”

“NO HAY AMOR TAN *SINSERO* COMO EL
AMOR A LOS FRIJOLES.”

“ENTRE MÁS TREPA EL POLÍTICO...
MEJOR LE VES LAS NALGAS.”

Por lógica, cada noche luchaban más por conciliar el sueño y comenzaron a tener pesadillas. Cada mañana iban a la entrada de la **cueva mágica** donde se sentaban a esperar el bien de Dios contenido en alguna olla de frijoles.

-Oiga, compadre- dijo Chema entre cabeceada y cabeceada por la debilidad. –Y si empezáramos a buscar más adentro del laberinto, ¿no hallaríamos algo?

-No, compadre- respondió Chava-. Lo mejor es irnos a nuestra cámara. Hoy ya no sucedió nada.

-Oiga, don Chava. ¿No habrá otra cámara con frijolitos atrás de la pared de la nuestra?

-Tal vez... ¡Tal vez!

Y como la verdad es que ninguno se atrevía a dejar el limitado beneficio de una cámara cómoda, aquella noche agotaron sus pocas fuerzas haciendo hoyos en las paredes, pensando que quizá encontrarían algo detrás de éstas. El único resultado fue que sus machetes perdieron el filo y las puntas.

* * * * *

Al amanecer, ya exhaustos y desesperados, el hambre los despertó. Don Chema fue a sentarse junto a su compadre:

-Mire, seguimos en la misma necesidad y en las quejas, pero no hemos intentado nada diferente, como cambiar de cámara o entrar más adentro de la cueva.

Don Chava le dio la espalda. Los dos terminaron en silencio, excepto por el gruñido de sus tripas.

Un día después, don Chema se amarró a la espalda su miedo de penetrar más en la cueva, buscando otra salida.

-Voy a explorar el laberinto, compadre. ¿Me acompaña?- preguntó a su amigo.

-No...

-Ándile, páresi. Está visto que no van a pasar más milagros que nos devuelvan los frijoles. ***Es mejor que actuemos, y cuanto antes.***

-No *sia* terco. Verá que algún animal salvaje se lo va a tragar allá adentro, don Chema. Ya ha de haber digerido a nuestros burros...

-¿*Usté* cree que no lo he pensado, compadre? Pero aquí nos vamos a morir de hambre. Las cosas cambian para todos los hombres. **La vida es así, y más vale que luchemos para que de pérdida dejemos el esqueleto más adelante.**

Chavita enredó su cobija y se durmió.

A don Chema se le antojó hacer lo mismo, y estuvo a punto de hacerlo, pero se detuvo para dejar algunos letreros más:

**“LA GENTE CREE QUE ESTÁ
PENSANDO Y SÓLO REACOMODA
SUS MISMAS PENDEJADAS.”**

Procedió a dibujar una gran cazuela con frijoles con otra leyenda y salió de la cámara, no sin antes mirar con dolor al compadre dormido.

**“EL QUE NO SE *ARRIEZGA*, NI PASA
LA MAR NI ENCUENTRA FRIJOLES”**

Pensaba que cuando despertara el compadre, a lo mejor se animaba a seguirlo después de leer sus frases y ver el dibujo de la succulenta cazuela.

Pero Chavita seguía soñando en que encontraría el culpable y que a puñetazos le arrancaría la confesión de dónde había escondido los frijoles.

Al salir, don Chema sonrió pensando en el tiempo desperdiciado por hacerle caso a su compadre.

Esto lo animó a regresar para escribir una última leyenda.

**“TENEMOS MIEDO PORQUE ESTAMOS
AMBRIENTOS. PERO SI NO LUCHAMOS,
ESTAREMOS CADA DÍA CON MÁS
AMBRE.”**

Y después emprendió el camino. Estaba agotado por la falta de comida y tenía miedo, pero al mismo tiempo comenzaba a sentir una sensación de respeto por sí mismo.

XI

EL SUFRIMIENTO DE DON CHEMA

Por el camino, fue encontrando algunas tortillas duras que le sostenían el cuerpo y el espíritu. Pero no retrocedía, **pensando que ahora era él quien controlaba la situación y no la situación a él**. Escribió en el muro:

**“BUENO, *POS* YA ME TIRÉ AL AGUA. SI DE
TODOS MODOS HE DE MORIR, POR LO
MENOS HABRÉ HECHO LA LUCHA.”**

Y a lo mejor, si se encontraba un nuevo depósito, podría regresar por el compadre Chava y llevarle unos tacos para animarlo a que siguieran luchando juntos.

¿Para que sirvió tanta lamentación? Incluso si los frijoles de la entrada se hubieran quedado ahí, seguramente ya estarían agrios.

Y aunque encontrarán más, se volverían a acabar. Nada es eterno, mucho menos los frijoles. Ellos entraron a este juego, sin tomar en cuenta lo pasajero de su ilusión.

La Vida era diferente, había que encontrar soluciones diarias y rápidas. Porque se puede tropezar, fracasar, perder, pero lo imperdonable es no levantarse para volver a luchar. *Perder una batalla no es más que la obligación de ganar otra.*

Como la vez pasada, fue marcando el camino con piedritas para no perder la ubicación de su compadre, y en un momento dado se detuvo a realizar otro dibujo con una leyenda que, esperaba, vería Chava y le levantaría por fin el ánimo.

“LOS FRIJOLES *BIEJOS* SE *ACENAGRIOS*. AI QUE BUSCAR LOS NUEVOS.”

Todas las cámaras que encontraba se hallaban vacías, por lo que comenzaba a perder la fuerza de las piernas. **Creía haber eliminado el miedo, pero a cada momento éste se volvía a apoderar de él y le hacía pensar que a lo mejor tomó una decisión equivocada. Seguro que el compadre Chava seguía en la cámara de las pinturas congelado de susto y de cólera inútil.**

Caminó día tras día, sostenido por La Esperanza y por los pedacitos de tortilla vieja que encontraba a veces en el laberinto y otras en las cámaras vacías.

No obstante, dormía tranquilo porque aunque seguía con hambre, *sentía la fatiga sana del que lucha*. Tarde o temprano tendría que encontrar algo, aunque no fuera exactamente lo que buscaba.

En ocasiones, se detenía para hacer dibujos, ya no tanto con la idea de animar a Chavita, sino a él mismo:

“SI NO TE PONES EN *MOBIMIENTO*, LA COMIDA NO TE *CAI* DEL CIELO”

A veces sonreía, *satisfecho consigo mismo y comprendiendo que antes sólo el miedo lo había detenido*. Curiosamente, cada vez se sentía más animado a pesar de la pobreza del alimento y de las penurias que pasaba.

Hasta el momento, aún no encontraba frijolitos, PERO HABÍA VENCIDO EL MIEDO y ahora se daba el lujo de imaginar nuevos frijoles calientitos rodeados de tortillas y chile. ¡Fresquecitos!

* * * * *

Una tarde, encontró una nueva cámara. “Seguro que también estaba vacía: pero no hay que dejar piedra sin remover”, pensó el campesino. Entró con temor de una nueva desilusión, pero casi se tropieza con una enorme cazuela llena de frijoles.

Parecía que acababan de sacar las tortillas del comal, y el campesino comenzó a comer, muy despacito para que no le cayeran pesados luego de tantos días de dieta obligatoria.

Después volvió a pintar, tratando de expresar el sentimiento que tenía en ese momento:

“NO AI QUE CREER QUE UN CAMBIO NOS LLEVA A ALGO *PIOR*, PUEDES ENCONTRAR FRIJOLES”

XII

LOS FRIJOLITOS CON CHILITO SABEN MEJOR

A la mañana siguiente, enredó un montón de tacos en su cobija y comenzó a seguir las piedritas para ir en busca de don Chava.

Había recuperado su fortaleza y el camino de regreso no le pareció tan largo como en realidad era. Cuando llegó a la cámara, vio que don Chava seguía inmóvil.

“¿Se me habrá muerto Chavita esperando que los frijoles le cayeran en las manos?”

Apresuradamente, movió el bulto que formaba su compadre. ¡Estaba dormido! Los huesos de los pómulos asomaban a su cara y estaba pálido como un cadáver.

El compadre Chema sacó los tacos y los arrimó a la nariz del “difunto”, que de inmediato abrió los ojos y lo miró:

-¡Despierte, mi querido compadre! ¡Encontré frijoles nuevos!

Todavía somnoliento, Chavita vio con recelo los taquitos. Su delicioso olor terminó de despertarlo, pero no quiso darle la razón a su amigo.

-¿Nuevos? No sé compadre. A lo mejor no están tan buenos como aquellos que yo insisto en que nos devuelvan.

Don Chema sacudió la cabeza. Era increíble la necedad de su compadre.

Prefirió dejar los tacos sobre la panza de Chava y salió un momento a tomar el sol.

Estaba satisfecho de sí mismo, de su capacidad para luchar.

Había aprendido muchas cosas y decidió escribirlas a la entrada de la Cueva Mágica por si alguien más llegaba:

“EL MIEDO DETIENE MÁS QUE EL *AMBRE*”

“NO TE QUEDES EN TU
PARCELA *ESPIRANDO* QUE
TODO *SI* ARREGLE SOLO”

“DEJA DE ESPERAR QUE TODO
TE LO DÉ EL GOBIERNO,
¡MUÉVETE!”

“SI NO TE PARECE JUSTO LO QUE HACE
TU GOBIERNO, *LEBANTA LA VOS* Y
PROTESTA EN LUGAR DE PERDER TUS
FUERZAS *CRITICÁNDOLO*”

“¡¡¡*AS* ALGO O MUÉRETE
EN SILENCIO!!!”

Don Chema había tomado una decisión firme: podría ayudar a su amigo, pero no dejarse morir por su culpa.

Con pasos resueltos, regresó a la Cámara y encontró a Chava comiéndose los tacos a dos manos.

-¡Gracias, compadre Chema! *¿Me podría traer más de donde encontró éstos?*

-No, querido compadre. Si no se levanta y busca sus propios frijoles, no le voy a estar haciendo de *ristorán*.

-¡Pero ya los encontró!

-Pos sí. Pero si quiere, camine conmigo compadre Chava.

-¡Jamás pensé que fuera tan mal amigo!

-Estoy siendo mejor amigo que nunca- dijo don Chema-. Así que si quiere, ya sabe.

Y salió caminando lentamente de la Cámara.

Luego de un instante, don Chava oyó unos veloces huarachazos a su espalda y unos galopes y rebuznos al frente. ¡Era su compadre persiguiendo a los dos asnos, que otra vez pasaban corriendo como *alma que lleva el diablo!*

El campesino se levantó de inmediato y corrió a toda velocidad detrás de ellos:

-¡Péreme, compadrito! ¡Péreme!

Don Chema se detuvo y cuando Chava llegó a su lado, lo abrazó con todas sus fuerzas.

-¡Bravo, compadre! ¡Tuvo los *tanates!*

Roncho y Chencho, que para entonces ya se habían detenido, contemplaban el abrazo mientras platicaban entre ellos en su idioma burresco:

“¿Ya *vites*, Chencho? ¡No se dejaron morir de hambre y tristeza!”

“Ya *vide*, Roncho. No se quedaron inmóviles como sus padres y sus *agüelos.*”

“NO SÓLO DE FRIJOLES *VIBE* EL HOMBRE!!!”

Y rebuznaron fuerte, orgullosos de sus amos.

Unos minutos más tarde, hombres y burros estaban caminando enérgicamente.

Lo más importante es que ya no planeaban pasar por la bodega de frijoles nuevos sólo para comer. Lo que buscaban ERA LA SALIDA PARA LUCHAR. ¡LA SALIDA A “LOS CIPRESES” PARA HABLAR CON EL PRESIDENTE!

XIII

PROMESAS, SÓLO PROMESAS (¡YA NO LES CREO NADA!)

Pasaron varias semanas antes de que logran llegar a la salida y, con muchas dificultades, encontraron el camino a la Casa Presidencial de “Los Cipreses”.

Desde un principio, se maravillaron:

-¡Ah, *chingá!* ¡Qué casota! ¡Y hartos soldados!- comentó Chavita metiendo la mano bajo el sombrero de petate para rascarse la coronilla-. ¡El *presi* ha de tener harto dinero!

-Sí, compadre. Pero esa casota la hicimos nosotros con nuestro trabajo...

-¿Ya se me volvió loco, Don Chema?

-No. El Gobierno vive de nuestro trabajo.

-Ah, *pos* a ver si nos dan el cuartito que *háigamos* pagado nosotros los del campo. ¿No?

-No sea bruto, compadre. Camínele.

En la puerta de la calle, los dos soldados estaban quietos, como *estatuas*, según dijo Chava. Eran hermanos indios como ellos.

Se les acercó un señor grandote, de traje y que llevaba un aparato que hablaba y por el cual él hablaba.

-¿Qué quieren?- les preguntó.

-Ver al *señor Zorro*...

El hombre elegante se cuarteaba de risa. Pero estaba de buenas y sabía que “El Señor” recibía a las personas cuando no iban *en bola*.

-¿Y qué le vienen a decir?

-Perdone *usté, señor* (los compadres le daban vueltas a sus sombreros a dos manos), pero el *ricado* es muy personal- musitó don Chema, medio espantado.

Al Jefe de Escolta le hicieron gracia los inditos y habló rápidamente por el aparatito.

Luego les dijo:

-¡Ah que paisanos tan suertudos! ¡El Señor está desayunando solito en el jardín y dice que pasen! ¡Que los invita a sentarse con él! ¡MOVIÉNDOSE PÁ'DENTRO!

Los dos sorprendidos compadres avanzaron, guiados por el sujeto elegante del aparatito. Caminaron mucho hasta llegar a una mesa que estaba puesta debajo de un árbol grandote.

-Señor, -dijo el elegante del aparatito- aquí están sus visitantes.

Y aquel rancherote güero, bien vestido, se levantó de la mesa y les extendió la mano.

-¡Bienvenidos! Por favor, acompañenme a desayunar.

Chema y Chava se miraron horrorizados: ¿habría droga en los frijoles que comieron y estaban alucinando?

Pero al ver que “El Señor” no se sentaba y estaba señalando unas sillas para que se acomodaran, tiraron los sombreros al suelo y tomaron asiento.

El Señor se sentó sonriendo. De inmediato, se presentó un hombre vestido como de fiesta, con pantalón negro y chaqueta blanca. Llevaba un trapo blanco doblado en un brazo y se acercó a los compadres.

-¿Qué gustan desayunar los señores?

-Lo que sea su *güena voluntad*, *siñor*- le dijo don Chava al mesero.

Pero don Chema agarró valor y dijo:

-Carnita con frijoles y chile *pa'* los dos. Ah, y por favor nos regala unas tortillitas.

Antes de cinco minutos, el mesero estaba de regreso con los platillos.

El Señor no había seguido comiendo y les preguntaba cómo iba su vida. Los dos respondían con monosílabos tímidos.

Cuando terminaron de desayunar sus platillos deliciosos, los abordó de frente:

-¿A qué vinieron, paisanos?

Chava sufrió un repentino ataque de mudez (¡y con lo hablador que era en su pueblo!), pero don Chema había recobrado fuerza con el desayuno.

-Vinimos a contarle que nada de lo que nos prometió lo ha cumplido, *siñor*.

“*Orita* vienen los soldados y nos *ajusilan*” pensó en el momento en que vio que la cara del Señor cambiaba para convertirse en una máscara de cólera.

“En nombre sea de Dios y que nos perdone nuestros pecados”, pensaron los dos compadres creyendo que, cuando menos, iban a morir con la panza llena y con el gusto de haber dicho lo que sentían.

El Señor levantó una mano y dos “elegantes”, que los compadres no habían visto, brotaron de entre los árboles y se acercaron corriendo.

-Ordene usted, Señor.

-Que mi secretaria localice de inmediato a Márgaro, Masiosare, Evaristo y Manuel, los de la Comisión Especial Pluripartidista.

¡Ustedes se van y me los traen de donde les diga mi *secre*! ¡Corran, jóvenes!

Y los “jóvenes” corrieron tan deprisa que se les levantaban los faldones del saco.

-Esto lo remediamos ahorita, paisanos. Quiero que me digan al detalle qué fue lo que no cumplí.

Don Chema y don Chava se quitaban la palabra, pero le dijeron todo.

Después de escucharlos, a El Presidente no le quedó más que darles la razón. }

-Es verdad. Eso les prometí. ¡Y eso se va a cumplir! ***No piden ustedes lujos: sólo lo que les corresponde en su derecho.***

-Gracias, *siñor*- dijeron los compadres en coro-. Gracias.

-Mientras tanto, les ofrezco un arroz con leche, café y una copita.

-¿En serio?

-En serio. Yo siempre cumplo lo que prometo.

El mesero se había acercado como por arte de magia y echó a correr con la orden del Señor.

Cuando llegaron los postres, el anfitrión y sus invitados se enredaron en una plática sobre el campo. **Ya lo sentían como su amigo. ¿Pos no era el mismo que, cuando lo eligieron por votación democrática, salió a la fiesta del Zócalo sin saco y con las mangas de la camisa arremangadas?**

Casi no se dieron cuenta del paso de los minutos hasta que oyeron unos jadeos y galopes. Temieron que Roncho y Chencho se hubieran desatado del poste donde los dejaron y voltearon espantados.

No, era una señora muy gorda y muy fea que usaba rebozo de bolita, de seda, y tres señores muy perfumados. Uno iba vestido de verde.

Pusieron unas caritas de miedo cuando vieron el semblante del Señor. Pero obedecieron automáticamente cuando les indicó que se sentaran.

El del trapo colgando en el brazo se acercó presuroso, pero el Señor lo despidió con un levantón de ceja. “¿No les invitará ni un cafecito de olla?”, pensó don Chava, *¡pos* de veras que estaba enojado!

La del rebozo blanco les dirigió una mirada cargada de veneno, pero en seguida se volteó a enseñarle los dientes al Señor.

-Les he llamado, para que escuchen a estos hombres a quienes **YO** les prometí y **USTEDES** no les cumplieron. Se los encomendé de urgencia, como su tarea prioritaria. **¡QUÉ VERGÜENZA, SEÑORES!**

-Es que no pudimos porque, la verdad, Señor, le dimos prioridad a asuntos de usted y...

-¡Carajo! ¿Y me desobedecieron cuando yo transmití en la gira mi promesa para nuestro pueblo?

-Pues en cierta forma- dijo la del rebozo atizando una leve patada bajo la mesa a la espinilla del compadre más cercano-. Pero los compadres le pueden decir que hoy mismo habíamos quedado de reunirnos para solucionar eso y que no descansaríamos hasta verlo cumplido. ¿Verdad, compañeros?

-¡Así es!- murmuraron en coro Márgaro, Manuel y Evaristo.

-No me quieran *cuentear*, señores.

-Nunca, Señor, nunca. ¿Cómo cree?- chilló Manuel.

-Si esta vez me quieren jugar el dedo en la boca, les prometo que los hundo en la cárcel. ¡Por traición! ¡*Órale!* Largo y quiero reporte de resultados en no más de sesenta días.

Los cuatro se levantaron *volados* y salieron corriendo hasta la puerta. A la *huarachuda* nomás le volaban los flequitos del rebozo y le brincaba el *nalgatorio guango*.

El Señor recuperó su color normal y le dio una palmada en la espalda a don Chema.

-Váyanse tranquilos, paisanos. Ya oyeron.

-¡Gracias, *siñor*, gracias!

-De nada, de nada.

-¿Quieren que los lleven de regreso a su pueblo en un coche?

-No, *siñor*. Muchas gracias. Allá afuera dejamos a nuestros burritos.

-Tengo un remolque para llevar caballos o burros junto con el coche.

-No, gracias, pero *crío* que Roncho y Chencho se morirían de la impresión. Ya son muy viejos. Caminaremos al pueblo.

-¿De verdad?

-Sí, estamos acostumbrados. Y tan pronto como lleguemos, juntaremos a todos los del Ejido para contarles.

-Hasta pronto, amigos. Si estos cabrones no cumplen, regresen a verme...

-Si, *señor*- los compadres se habían puesto de pie y estrecharon entusiastas la mano tendida de El Presidente.

Afuera, desataron a Roncho y a Chencho y dieron las gracias al elegante de la puerta, que los miró en silencio y como con lástima pensando en la orden que acababa de darle la Masiosare: “¡Qué no vuelvan a entrar esos indios patarajada! ¡Nomás molestaron al Señor! ¡Cómo serás baboso! ¡Pero si lo vuelves a hacer, ya ni te aviso... al cabo tienes familia aunque no tengas madre, *güey!*”

XIV

EL NOPAL DE LA NOCHE TRISTE

Un día después, los dos compadres caminaban con alegría de regreso al pueblo. Roncho y Chencho los seguían de cerca y comentando entre ellos:

“Ah, ¡qué pendejo es tu amo, Chencho!”

“¿Por qué lo dices?”

“¡*Pos* porque creo que se la creyó otra vez!”

“Pos también el tuyo, Roncho. El ser humano es tonto aunque piense demasiado.”

Y los dos burritos rebuznaron de risa, recibiendo un sombrero cada uno a cambio de su alegría.

Dos semanas más tarde, el grupo estaba de regreso en el pueblo. Ya era de noche y decidieron dejar la junta del Ejido para el día siguiente. Muy fatigados pero felices, se juntaron para tomar su tecito de hojas.

-¿Cómo la ve, don Chava?

-¡Fantástico, don Chema! De no haber sido por *usté*, me muero de hambre en la cámara y no hubiera estado en la reunión. Me parece un sueño.

-Pero *ora* si es un sueño bonito, compadre Chava.

-No, *pos sí*. ¿Pero nos cumplirán?

El rostro de don Chema se llenó de sombras.

-Quiero pensar que sí, compadre. Pero le confieso que tengo miedo de que nos pase lo *mesmo*.

-Oiga, don Chema. Le quiero proponer algo.

-Dígame, compadrito.

-*Pos* que mejor ni hagamos junta, mi sabio don Chema.

El silencio reinó en la choza por unos minutos. Afuera cantaban los grillos y ululaba el tecolote.

-Oiga, *usté*- comentó don Chava-, dicen que “**El indio muere cuando el tecolote canta**”.

-***Estamos muertos hace muchos siglos, compadre***. Y usted es más sabio que yo: vamos suspendiendo la junta.

-Yo digo lo *mesmo*, don Chema.

-Sí, compadre Chava. En buen momento nos recordó el tecolote cómo son las cosas en nuestro país.

-No se me amargue, compadre. Mire, si suspendemos la junta y no decimos nada, cuando nos cumplan, les caerá del cielo la noticia...

-Sí. Y si no nos cumplen, no les habremos dado falsas esperanza otra vez.

Y con una mezcla de esperanza, miedo y amargura antiguas, los compadres se retiraron a dormir en sus respectivos jacales.

XV

LOS COCHINITOS VUELVEN AL CHIQUERO

Había transcurrido un poco más de los noventa días que se fijaron para la apuesta entre los cuatro importantes personajes.

La mañana estaba aún más nublada por el smog, pero en el céntrico restaurante el ambiente era claro y sereno (como diría el poeta respecto a los ojos verdes).

Un pianista tocaba con flojera un viejo tema, “**A través de los Años**”, y todos los comensales hablaban en voz baja, como murmurando secretos de Estado.

Para no variar, el primero en llegar fue el licenciado Don Manuel Torrealba y Cisneros, que hacía gala de su puntualidad “*inglesa*”. Con el traje de *tweed irlandés*, camisa de ligero lino italiano (con sus iniciales sobre el bolsillo) y corbata de seda.

Desde luego, la combinación básica era blanquiazul, como correspondía a la lealtad con su Partido. Había intentado dejarse la barba como *El Jefe*, pero era casi lampiño. Lo que trataba de ocultar, como en este caso, eran unas deslumbrantes, raras y horrendas **botas texanas de charol**.

En segundo lugar, llegó el licenciado don Evaristo Chávez Solís, el querido Eva, que jamás olvidaba su escudo tricolor. El marco estaba hecho de platino, y las piedras (tres *baguettes*): esmeralda oscura, brillante y rubí.

Su chamarra era de fina piel española, camisa con cuello “*Mao*” (es que las corbatas le daban la sensación de que alguien le estaba apretando el cogote), que ocultaba un poco la panza cervecera que ya se le asomaba impúdica. Además, traje de *cashmere* con parches de cuero en los codos, calcetines negros casi transparentes de los que se usan con la ropa de etiqueta y zapato negro *GBH*.

Después llegó “*El Chanaté*”, Don Margarito del Bosque y Ríos (“Licenciado, si me hacen el favor”, -¡el título le había costado un dinerall!-). Traje de seda café, camisa de algodón verde fuerte y corbata de seda china color hueso.

-¡Ya llegó “*El Arbolito*”,- se pitorreó don Eva.- ¿Lo sentamos o lo sembramos?

Mano ya no tuvo oportunidad de agregarse al *canibalismo verbal*, porque iba entrando la señora licenciada Masiosare Candela Saurio. Iba *divis-divis*—o cuando menos eso creía ella— con aquel rebozo color frambuesa (de *cashmere*) bordado en chaquira color madreperla. Huarache fino de Oaxaca pintado de blanco, enagua de lino y blusa bordada por los chamelas. Ahora, su melena era color caoba (como los árboles de los bosques de Chiapas, decía).

Los tres caballeros se levantaron mientras el oficioso *capi* le acercaba el sillón de la doña, calculando que el nalgatorio no iba a caber. Con trabajito y algún crujido de los brazos del fino asiento de piel, Sare se acomodó...

-¡Hola chicos! Perdonen la tardanza, pero hoy no traje mi moto, la *plata*, porque le van a dar un bañito de chapa de oro. Y el coche es más lento y mi chofer, medio tarugo.

-Lo importante es que ya llegaste- dijo zalamero don Eva, y tronó los dedos llamando al capitán.

-Ah, qué calor hace aquí adentro,- se quejó *Sare*, quien comenzaba a abanicarse con los flecos del rebozo, aventando un olor a sobaco que hizo fruncir la nariz a Márgaro y a Mano.

Era bien sabido que *Sare* fingía “bochornos” menopáusicos para que la creyeran cuarentona, aunque en realidad ya estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta. A veces, hasta pujaba para ponerse colorada y desempeñar mejor su papel.

El *capi* se dirigió a la dama:

-¿Qué le puedo ofrecer a *la madame*?

-Primero, mi coctelito de jugo de naranja con champaña. Pero ya sabes que primero me traes la botella sin descorchar y aquí me lo sirves en el jugo.

-*Oui, madame*- dijo el *capi*, que por muchos años había ensayado la frasecita-. ¿Fruta, jugo? Tenemos un filete excelente...

-Me traes unas puntas “a la albañil”, bien picositas, con sus frijoles refritos y tortillas de maíz. No me salgas con fregaderas de pan o tortillas de la *Abuela Rosa*.

-¡Estupenda elección! (“*Pinche vieja naca*”)- y se acercó a tomarle la orden a Márgaro-. ¿También filete? ¿O puntas, señor?

-No -respondió el ecologista, frunciendo la nariz ante la mención de la carne-. Fruta, jugo y huevos con espinacas.

“Mamón”- pensó el mesero.

A mí tráeme huevos divorciados, bien picositos, frijoles charros y tortillas... ¡echaditas a mano! ¿eh?- pidió Evaristo.

Mano pidió fruta con queso *cottage*, jugo de zanahoria y *omelette* con champiñones y salmón ahumado canadiense.

Cuando el mesero se retiró (después de mentarles la madre en el pensamiento), hubo un silencio dramático. Se miraban con desconfianza. Era el momento de tirarse al ruedo y ninguno se animaba.

Ah, pero Sare era la que llevaba el as en la manga.

-A ver, Mano, tú que alegas que es tu partido el que nos gobierna. ¿Qué hiciste para remediar la bronca en que nos metieron aquellos dos indios *patarrajada*?

-Sare, es que dijiste que te harías cargo...

-¡Y ahora cargo pero con ustedes en el lomo! ¿Verdad, tercia de *güeyes*?

-¡No nos faltes al respeto, Masiosare!- gruñeron a dúo don Eva y Márgaro.

-¡Cállense o me largo!

-Por respeto a que eres una dama, no te diré nada- murmuró don Eva, que estaba colorado como amapola prohibida.

-Bueno, pues se me van preparando jovenazos: *Porsche, Masserati y BMW*.

Llamen a mi *secre* para que les diga el color de cada uno. Si alguien quiere cambiar o no encuentra rápido mi coche, *ai* póngase de acuerdo porque también estaría dispuesta a aceptar un *Merceditas* deportivo verde y con asientos de piel color crema (¡finísima persona!).

-No te hagas, Sare: no quieras cobrar antes de entregar la mercancía.

-¡Chivo brincado, chivo pagado!- chilló la Sare.

-Pero aquí no hemos brincado al chivo- carraspeó Márgaro.

-Por favor, Licenciada, sigue adelante- terció Mano, conciliatorio-. Nos tienes temblando, y queremos saber a qué aternos con el ruido que vinieron a meter esos mugrosos. Ya ven qué a tiempo les advertí lo de los túneles y el laberinto, y me parece justo que...

-Todo está arreglado, colegas, todo arreglado- interrumpió Masiosare.

-¿Cómo le hiciste, Sarita?- preguntó cariñoso don Eva, que ya traía la camisa encochinada con salsa y caldo de frijol.

-¡El Señor estaba bien encanijado!- terció Márgaro-. Yo creí que nos corría o hasta nos mandaba al bote. ¡Estaba colorado como langosta con caparazón!

-Bueno, pues le llevé hartas fotos del pueblo ciclista ese, iglesia y campos fértiles.

-¿Y de dónde las sacaste, ¿oh gran cerebro?!- dijo Margarito, poniéndose tan pálido como la flor de su nombre.

-¡Qué te importa, Márgaro! Son mis recursos y no les pienso dar pistas. Las fotos están *truqueadas* en computadora. Tengo un *monito* muy hábil para eso y ni siquiera fue necesario que le dijera de qué se trataba.

-¿Y te habrá creído El Señor?

-Yo digo que sí, porque ya ves que no nos volvió a llamar para regañarnos. Y cuando se enoja, hasta los pajaritos se caen de los árboles. ***Con todo mi respeto, parece de esos bulldog, que cuando agarran, no sueltan hasta que se llevan el cacho.***

-Ahora viene lo peor- chilló don Eva.

-¿Lo peor? ¿Por qué *zopilotea* usted?

-¡Sí, lo peor para ustedes!- se rió Masiosare- ¡¡¡A pagar apuestas!!!

Y entre risas, terminaron de desayunar y se marcharon. ¡Viva nuestro país, que es Mágico!- pensaban los “funcionarios”.

Por suerte, el *indio muere en silencio*. Y cuando habla, no exige que le cumplan.

XVI EPÍLOGO

Aquí termina nuestra metáfora. ¿La conclusión? En uno de tantos pueblos del campo, como en todos, **el hambre sigue reinando.**

Pero éste es un pueblo único en el mundo: resignado, noble, de una pobreza espartana. Siempre manifiesta su escepticismo, pero está pronto a creer en promesas de algún “hombre nuevo”, quizás por la inmensa necesidad de que alguna sea cierta.

Se lanza a los pies del nuevo *prometedor* y durante la campaña pelea con los compadres alegando que **su candidato** es mejor. Y no comprende que nunca se le permitirá mostrar su inconformidad, sin que para ello lo mueva algún *caciquillo* o líder manejado y pagado por cualquier político *de quinta*.

El paisano es bondadoso, cortés, alegre, pero NO CONOCE LA SOLIDARIDAD. Simplemente inclina la nobilísima cabeza y “aguanta vara”.

Su corazón, inocente como el de un niño, está dispuesto a creer en lo que sea, a soñar que ahora sí llegó el momento.

Lo que mejor ha aprendido el hombre del campo es a morir en silencio.

El de la gran ciudad, cuando la pobreza aprieta, se friega al pobre, al clasemediero: lo asalta, lo secuestra o lo mata por un puñado de pesos.

Si los paisanos olvidáramos nuestro *encogerse de hombros* ante aquello de “Hágase la Voluntad de Dios en los bueyes de mi compadre”, nuestra vida sería diferente. Tenemos la facultad de negarnos y protestar por medios legales, pero estamos muy solos cuando el gobierno o Hacienda o quien sea nos pega, por no habernos solidarizado con el vecino cuando era él quien está acorralado.

Entonces nos quedan pocos recursos:

- 1.-*Dejarnos despojar y arrimarnos en casa de alguien de la familia.*
- 2.-*Tirar para la calle y poner un puesto de tacos o pedir limosna.*
- 3.-*Dedicarnos al crimen.*

Los que tienen los medios económicos, se van del país. Los que no los tienen, se pueden ir de mojados, aunque ésta no es posibilidad para los niños y los viejos.

En fin, este país fantástico sabe trabajar, pero no sabe luchar por la vía legal ni SER SOLIDARIO.

Hace casi seiscientos años que el paisano, el verdadero indio, comenzó el aprendizaje de la paciencia y la resignación, del silencio y **la Esperanza contra toda Esperanza.**

Cada orgullosa gota de sangre india que nos corre por las venas, nos regala el don de la paciencia con el de la resignación. Pero nuestros gobiernos deberían tener en cuenta que en esa misma sangre hierve aquel fuego que encendió la Revolución, en la que gritaba la voz del **Caballero Águila** hombro a hombro con el valiente guerrero **texcocano**, el **otomí** y el **zapoteca**.

Hemos tenido paz por varias razones, pero la básica es que al paisano no se le subleva a través del hambre, sino de las faltas a su dignidad como hombre.

Otra razón terrible es que, no teniendo suficiente para comer, es difícil que los hijos vayan a la escuela, y casi imposible que compren libros (esos libros que a partir del 1° de enero del 2002 son objeto de nuevas limitaciones que los harán más lejanos para el pobre y más amargos para el quijotesco editor).

Bien se ha dicho que, si quieres tener de rodillas a una nación, mantenla en la ignorancia...

Entre los remolinos de polvo estéril, sepultan a **Don Chema**, que se lleva su secreto y el de **Chava** a la tumba.

El **compadre Chava** se mete dentro de la botella y no tarda en seguirlo junto a la única Gruta Mágica que hay para nosotros: el Cielo, donde el verdadero SEÑOR nos abre los brazos cuando termina la Esperanza.

Aquí mismo, las grandes empresas (no transnacionales) se estremecen ante el *cañonazo* de impuestos nuevos y sin precedentes. Tratan de protegerse echando a miles de personas a la calle, cuya única opción es mendigar o delinquir.

La mediana empresa se tambalea como badajo de campana. *Despide personal, declara suspensión de pagos, vende camionetas de reparto y contrata gente con el salario mínimo (el sueldo del hambre).*

La microempresa a la que *alguien* le llamó “changarro”, puede ser fuente de trabajo para dos familias o para cien. *Cuando se viene abajo*, sea una miscelánea, plásticos o libros, **dos o cien familias** (cuando menos con tres personas cada una) **quedan en el desamparo: sin comida ni atención médica**. Menos mal que ésta se vendrá a tierra sin gritos ni sombrerazos: **MUERE EN SILENCIO, COMO NUESTROS CAMPESINOS.**

Este libro es un homenaje al paisano, quien desde hace siglos ha comprobado que el *cambio* sólo significa **CAMBIO DE ROSTRO.**

No es una sátira sociopolítica: *Es una realidad amarga.*

A los “de abajo” les pegan los cambios. A nosotros, los que dirigimos y generamos las transformaciones, nos caen muy bien.

Fuente política anónima

Esto es lo mejor para nosotros, los tercermundistas: la filosofía del “cómo aguantar vara”.

Petra Gómez N.

Este libro me lo heredó mi difunto compadre...
¡Y a él no le sirvió de nada!

Chavita (†)

¿Quién se ha llevado mis frijoles? Comenzaron los gachupines; siguió Don Porfirio... luego nos arreó el Partido. ¡¿Y ahora?!

Se reciben apuestas